

SANGRE ESPAÑOLA

## SANGRE ESPAÑOLA

---

### I

Corría el año de luto y de gloria de 1808. El orgullo de las águilas francesas, dominadoras del mundo, iba á estrellarse ante el valor español en aquellos mismos campos consagrados un día por la victoria de las Navas de Tolosa.

A mi hermosa tierra andaluza, la más llana de la Península, estaba reservada la hazaña inmortal de oponer como obstáculo formidable al paso del invasor los pechos desnudos de sus hijos. Con caracteres de oro y en páginas de bronce debiera escribir la patria los nombres de aquellos oscuros voluntarios, de aquellos campesinos, cazadores, chulillos, *piqueros*, contrabandistas y hasta presidiarios andaluces que mantuvieron con su esfuerzo la nacionalidad española.

Entre aquel puñado de soldados y paisanos que disputando á los franceses el paso del puente de Alcolea cedían arrollados por la fuerza brutal del número, descollaba un hombre alto, robusto, atlético, de aspecto entre urbano y rural, que después de haber *aprovechado* con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
México, 1925 MONTENEGRO, MEXICO

mortífero acierto los cartuchos de su canana, blandía furiosamente la culata de su escopeta sobre cráneos franceses, dispuesto á vender muy cara la vida.

Aquel obscuro patriota era el señor Manuel, rico hortelano de Sevilla, dueño de tres fertilísimas huertas en la Macarena, de muchas yuntas de bueyes y de no pocas fanegas de tierra de sembradura.

En la mejor de sus huertas, y en cómoda y alegrísima casa con fachada á una de las calles de la Macarena, fachada que por todos sus huecos sorbía luz y derramaba oleadas de flores, vivía como un patriarca el señor Manuel, viudo desde hacía largo tiempo, con su única hija Rocío, la moza más linda y codiciada del barrio.

Y como el buen hortelano era tirador certerísimo, tanto que no hubo cacería notable en aquel tiempo que no se honrara con su escopeta, reputada por la mejor de la provincia, donde las había extremadas, no fué seguramente el último en alistarse entre los voluntarios de Sevilla, alegando que quien jamás erró tiro en cotos ni dehesas no había de tener menor fortuna en la *caza de gabachos*.

Y á ella acudió sereno, como si fuera á tirar gazapos al coto de *Doña Ana*. Es decir, sereno iba en la conciencia, por tenerla muy alta de su valor y de la santidad de su causa; pero no en el corazón, ¡cuerno!, que se le *espeasaba* en el pecho, como él dijo después, cuando se despidió de su Rocío; pero ¡recuernol!, ¿para qué servían las escopetas y las manos españolas si no servían para aquella ocasión?

Y si sirvieron ó no aquellas manos y si estuvo

ó no certera aquella escopeta, dijéranlo por las bocas de sus heridas los cuerpos de imperiales acribillados por el plomo del terrible cazador.

Rayos despedían los negros ojos del señor Manuel y chispas saltaban de los cascacos de los coraceros, abollados por la culata de su escopeta, terrible como la clava en las manos de Hércules. Pero ¿qué podía el denodado esfuerzo del bravo hortelano si no tenía ni una bala en la cartuchera y le aplastaba materialmente el número de los enemigos?

Herido y desarmado al fin, jadeante, sudoroso, casi aplastado, se entregó; es decir, le cazaron como se caza un león, y como león cogido en lazo, rugía él al ser conducido á Andújar entre dos filas de bayonetas francesas.

## II

Su primera idea al verse preso y amenazado de muerte fué para Rocío. ¿Qué haría sin él su pobre niña, sola en una tierra amenazada de enemigos?

Pero Rocío era digna hija del señor Manuel. Al verle salir de Sevilla, decidió seguirle, y, aprovechando la coyuntura que le ofrecía el viaje de unos señores hacendados que salían para Córdoba en un coche de camino, protegido por buen golpe de escopeteros y soldados que marchaban á incorporarse con las gentes de Castaños y Reding á Córdoba, se fué en busca de su padre, no resignándose á dejarle solo en tanto peligro.

Pero como al acercarse nuestros expedicio-

narios á la ciudad supieron que ésta era presa de la codicia de los imperiales, entregados en ella al más brutal saqueo, refugiáronse espantados en un cortijo de las inmediaciones, donde por algunos fugitivos de Alcolea supo la niña sevillana el desastre de los nuestros y la prisión de su padre en el famoso puente.

El dolor inspiró entonces á Rocío una locura sublime. Resolvió partir en el acto para Andújar, sin más compañía que la de Curro el boyero, fiel servidor de su padre, que desde Sevilla la venía siguiendo, y antes se dejaría hacer pedazos que abandonar á la *chavala*, á quien vió nacer y quería como á las telas de su corazón.

Cuando los señores y escopeteros que formaban el detenido convoy conocieron el descabellado propósito de la muchacha—¡dirigirse sola y con tal cara y tan linda persona á un pueblo lleno de soldados!, —pretendieron obstinadamente disuadirla.

Pero en vano fué que tratasen de intimidarla encareciéndole los temerosos riesgos á que se exponía; en vano que intentaran desanimarla convenciendo de la inutilidad de su sacrificio: la niña sevillana estaba hecha del bronce con que se hacen los héroes. La vida de su padre peligraba, y su deber era salvarle ó morir con él. ¿Que había obstáculos que vencer y peligros terribles que arrostrar? ¡Pues Dios, que veía la santidad de su causa, no podía dejar de salvarla, y la salvaría, porque en su justicia ponía ella toda su confianza! No de otro modo pensaba España en aquella alta ocasión.

Aplaudiendo entusiasmados el heroísmo de

tal arresto, los bravos escopeteros sevillanos decidieron escoltar á Rocío hasta los muros de Andújar.

¡Y por Dios que aquel grupo de jinetes armados, llevando en medio á la resuelta moza, caballera en andariega mula, parecía arrancado de una página del *Quijote*, y era digno de figurar en las eternas de la Historia!

### III

Soberbio cuadro el que presentaba la villa de Andújar al cerrar la noche del 17 de Julio de 1808, y harto merecedor de que los pinceles de un Meissonier, de un Detaille ó de un Unceta lo transmitieran á la posteridad, animado con toques magistrales de esos que más que los tipos y los objetos mismos representan la fisonomía de las colectividades y el *alma* de las grandes situaciones.

Sabido es que la célebre ciudad alfarera, donde más tarde había de promulgar el de Angulema su célebre decreto, era el cuartel general de Dupont, cuyas gentes acababan de volver de Córdoba y Jaén, cargadas con el botín y con la vergüenza de aquel miserable robo que formaba el largo convoy á cuyo sórdido cuidado atribuyó Napoleón la derrota de sus armas en Bailén.

Borrachos de vino, de avaricia y de bárbaro contento, y animados por la confiada vanidad y natural fanfarronería de su sangre francesa, fumaban y reían los soldados, tendidos á lo largo de las calles, donde la brisa de la noche co-

menzaba á disipar el vivo calor del africano día, de que aun estaban penetrados el suelo, las paredes y los cuerpos de tanta gente y tanta cabalgadura en tan breve espacio amontonadas.

Allí, en plena calle, en mangas de camisa ó con las casacas desbrochadas y los correaes desceñidos, jugaban los oficiales á los naipes, á las damas ó al ajedrez, sobre mesillas ó taburetes sacados de las casas, ó sobre tambores, malletas, cajones de alijo ó cajas de municiones que por todas partes obstruían el paso. Muchos leían ó escribían al aire libre; los más comentaban la noble hazaña y sabrosas aventuras del expolio y saqueo de Córdoba. Recorrían unos los periódicos y hojas impresas que por milagro les llegaban de Francia, pues pocos escapaban á la saña con que los campesinos destruían los correos; delectaban otros, siguiendo los renglones con el dedo y destrozando con la lengua el castellano, las estupendas y patrióticas mentiras que publicaba la *Gaceta de Sevilla*, sin que faltara alguno que, á la luz de turbio farolillo de retablo, mostrase á los camaradas el deslumbrante relicario, el rico joyel ó el bolsillo de onzas *afanado* en el rebato y sacomano de las ciudades andaluzas. Y hasta hubo franceses borracho que se atrevió á beber Valdepeñas en los mismos sagrados cálices arrancados aquel día de las aras. En aquellos mismos cálices que, al caer de los morrales de los vencidos de Bailén, suscitaron contra ellos la trágica venganza de los patriotas de Utrera.

Con el marcial y animado aspecto de aquellos belicosos ladrones, contrastaba de vez en

cuando la negra y escueta figura de algún campesino, trajinero ó mendigante andaluz, que pasaba furtivamente arrojando de los ojos siniestros rayos de ira, que eran como los relámpagos precursores de la soberbia tormenta que iba á estallar en Bailén.

## IV

Dos de aquellas sombras españolas que, buscando la que proyectaban los muros, se deslizaban recatadamente á lo largo de las calles de Andújar, detuviéronse breves momentos enfrente de una casa, labriega por sus bodegas, corralones, cuadras y graneros, é hidalga por los abultados blasones que honraban la puerta y el ancho balcón barroco. Eran Rocío y su acompañante, que, pasados no pocos riesgos y sobresaltos en su azaroso viaje, y dejadas en una posada las cabalgaduras, acudían en solitud del Mayor francés Richemond-Siegberg, para el cual traía la valerosa muchacha una carta de recomendación, que, compadecido de su desvalimiento, hábale dado un caballero que encontró en una de las posadas del camino, el cual tenía por ventura otorgados no sé qué favores á dicho jefe enemigo, de cuya caballerosidad y generosos sentimientos hizo á Rocío tales encomios, que la débil criatura llegó á concebir grandes esperanzas de salvación para su padre.

Pero, por grandes que éstas fuesen y por firmes que fueran sus propósitos, al acercarse al lugar y al momento decisivos en que iba á li-

brarse la desigual contienda, la pobre moza sintió que la abandonaban todas las ilusiones y le flaqueaban todas las energías. Al ver el viejo caserón hidalgo-rural convertido en albergue del Estado Mayor francés; al percibir las móviles luces que cruzaban por estancias y corredores; al escuchar por patios y caballerizas relinchos de caballos, choques de armas, voces discordantes, canciones de vivac y ásperos juramentos en extraña lengua, y al verse tan niña, tan débil y tan sola frente á aquella soldadesca extranjera y brutal, ebria con la borrachera del saqueo y excitada ante la proximidad de un gran combate, cuantos peligros y horrores habíanle vaticinado sus compañeros de viaje cristalizaron en su imaginación insomne y exaltada, con toda la violencia de la realidad y con todo el pavor de lo desconocido.

Para sacudir aquel terror, para recobrase y reaccionar de aquel espasmo, preciso fué que Rocío evocara el recuerdo de su padre, prisionero y tal vez amenazado de muerte, ante cuya idea y ante la inminencia de su propia situación, cobró de súbito desesperados bríos, como los de quien cierra los ojos y toma carrera para lanzarse á un precipicio, y avanzó resueltamente hacia el caserón lleno de tropa.

La repentina aparición de la gentil sevillana produjo verdadero tumulto entre la soldadesca borracha; pero tan firme, tan recogido, tan casto y resuelto era el continente de la niña, que invenciblemente se impuso á los más osados, con esa augusta entereza del pudor que defiende á la virgen, como á la rosa las espinas.

## V

En una sala alta, desigualmente alumbrada por los cuatro mecheros de un corpulento velón de azófar, y en torno á una mesa cubierta con tapete verde, sobre la cual brillaba junto al velón maciza escribanía del propio metal, y de las más voluminosas y sólidas que fabricaba Lucena, fumaban y bebían disputando acaloradamente cuatro robustos campeones del Imperio, mientras que en torno á la mesa, por los ángulos de la sala, en los huecos de los balcones y aun á lo largo de corredores y escaleras, formando animados grupos, más numerosos é inquietos cuanto más distantes del grupo principal, voceaban altercando con no menor acaloramiento y energía casi todos los oficiales del Estado Mayor de Dupont y algunos recién venidos de las divisiones Gobert y Ligier-Be-lair, derrotados la víspera en Menjíbar.

Las voces, la acción, las actitudes misteriosas, coléricas, arrebatadas, los gestos sibilíticos y los tonos declamatorios, las hipérboles hinchadas y las exclamaciones hondisonas, tan congénitas de la gente francesa, tan propias de aquellos hijos de la Revolución que vivían en plena epopeya, fluctuando entre la apoteosis y la tragedia, y tan justificadas en aquella ocasión decisiva, mostraban claramente que lo que allí se ventilaba, lo que apasionaba furiosamente los ánimos, era la vida ó la muerte de aquel ejército, la gloria ó el desdoro de su héroe, de su ídolo, de su dios el Emperador.

Y cierto que el desastre de Menjíbar; la muerte de Gobert; los movimientos envolventes de Reding; el crecimiento del ejército de Castaños; su prestigio, sus cañones, las voluntades contrarias de Savary, que les mandaba abandonar Andalucía; del Emperador, que les excitaba á conquistarla, y de Dupont, que se obstinaba en obedecer al Emperador; la escasez de artillería; la falta de víveres; la formidable hostilidad de las gentes, del clima y hasta de la topografía del país, que les amenazaban con todos los peligros: la caza entre las malezas; la trampa en las calles; el oscuro asesinato en los alojamientos; la emboscada en el desfiladero; la sed y el hambre en los caminos polvorientos; la insolación en las llanuras... todo hacía gravísima, insostenible, la situación de aquel ejército.

No era, pues, extraño que en tales momentos, cuando Dupont y Legendre preparaban con el mayor sigilo la salida furtiva de las tropas para la tarde siguiente, la vieja casona andaluza temblara hasta los cimientos agobiada bajo el peso de tantas gentes, estremecida por el chocar de tantas armas, por el golpear de los sables y el furioso herir de los pies calzados con botas y espuelas, y atronada por las voces sordas, guturales, agudas, vinosas ó enronquecidas, en medio de cuyo tumulto flotaban imprecaciones, juramentos, ayes, exclamaciones, tales como los ¡Ooh!—¡Aah!—¡Malheur!—¡Pardieu!—¡Honte!—¡Tonnerre!—¡Mille tonnerre!—¡Damnation! O gritos de ciego entusiasmo, como: ¡En avant!—¡La France ne recule jamais!—¡Vive l'Empereur!—¡La victoire nous attend à Cadix! ¡Y en efecto: en Cádiz creía

Dupont hallar su bastón de mariscal... pero en el camino de Cádiz estaba Bailén.

Por medio de aquellas rugientes olas de pasión atravesó Rocío, como rayo de sol por entre nubes de tormenta; y, seguida de su rústico acompañante, á quien el asombro y el miedo prestaban la más cómica expresión de sorpresa y estupidez, avanzaba resueltamente en busca del Mayor Richemond, detrás de un granadero que le abría paso por entre los grupos.

Ya en la sala, observó la niña que un personaje grave é importante, á juzgar por la riqueza del uniforme y el número de cruces que lucía, hablaba en voz baja y misteriosa con un guapo mozo, también muy condecorado y galoneado, alto, rubio y encendido como un melocotón.

El personaje grave era no menos que Legendre, el jefe del Estado Mayor de Dupont, que, según lo reservado é imperativo de su tono, comunicaba alguna orden importante al Mayor Richemond-Siegberg, á quien entregó un pliego que lacró y selló allí mismo con el enorme sello que pendía de uno de sus relojes.

El pliego era una comunicación secreta dirigida á Savary, el sucesor de Murat. ¿Petición de urgentes recursos para aquel ejército comprometido y desaprovisionado? ¿Demanda de resolución suprema ante la crítica situación? ¿Quién sabe? Lo cierto fué que el Mayor, al tomarlo, saludó respetuosamente y contestó con militar laconismo:—A las órdenes de V. E. Mañana partiré para Madrid.

Salía ya rápidamente, cuando el granadero, presentándole la carta de recomendación que

Rocío le había entregado, indicóle con la mano á la gentil recomendada y se retiró como discreto.

El Mayor, visiblemente preocupado, saludó á la recién venida sin mirarla; rasgó el sobre; pasó los ojos por la carta, y al levantarlos de ella perezosamente, mientras preparaba una evasiva, volviolos con irreflexivo y natural movimiento hacia la desconocida demandante.

A tiempo que Rocío, ansiosa de mantener su causa, si no con las palabras, sin duda ininteligibles para el extranjero, con el gesto, con la expresión, con la presencia del alma, que se asomaría entera á su rostro para defender la vida de su padre, alzóse el velo, y, cruzando las manos en actitud de súplica, puso toda su ternura envuelta en lágrimas en una mirada que se clavó como un rayo en los ojos del francés.

Y con hablar seseoso, tímido, blando, halagador, dulcísimo, que tenía para el franco-germano cadencias, modulaciones, suavidades ignotas y jamás presentidas de puro tiernas, melodiosas y femeninas, la pobre criatura acongojada habló, más bien suspiró, lloró su pena y su súplica, derramando toda su angustia en sus acentos, y sin sospechar que el dolor de su alma sonara como una música, como una caricia eufónica en los oídos del guerrero del Norte.

Mas para conocer el efecto que las quejas de la niña andaluza hicieron en el alma del soldado imperial, precisa conocerle á él mismo.

## VI

El Mayor Richemond-Siegberg era un hermoso ejemplar de guerrero napoleónico. Nacido de madre alemana y de padre francés, reunía á la robusta complexión germánica la viveza y flexibilidad francesas. En el fondo de su espíritu alemán dormían mansamente sus auras románticas del Rhin; pero en la cúspide de su cerebro francés relampagueaban con brillo fosforescente las llamaradas de entusiasmo contagioso que arrastraban en pos del sublime bárbaro á aquel puñado de locos que por un momento sojuzgaron á la asombrada tierra. En aquellas ocasiones Richemond era todo francés, y electrizado por el culto al Emperador, profesaría fanfarronadas tan enfáticas como aquellas que llenan el *Diario* del general *Fantin des Odoards* y las cartas de muchos oficiales del *grande ejército*.

Pero cuando el soplo atávico, cuando las auras románticas hechas de recuerdos sagrados y de profundas ternuras se levantaban de lo hondo del *yo germánico* del Mayor, todo el *sprit* francés se apagaba como rastro fosfórico ó como espuma de champagne, y aquel hondo querer, aquel duro sentir de la raza de su madre, que vibra en las sinfonías de Beethoven y en el acero de los hulanos, se apoderaba del gigante, le estremecía y le incendiaba con el fuego y con la conmoción de la pasión formidable.

No en balde le decía su camarada Nodier:

—Mayor, en ti hay dos hombres. Los amores



franceses de Richemond son ligeros, como borrachera de champagne; los amores germánicos de Siegberg son terribles, como una curda de cerveza de su país.

Al ver á Rocío, al sentirse besadas por el rayo de sol de Sevilla, las auras del Rhin se levantaron del alma del Mayor, primero como niebla irisada, como ensueño de oro; después como nube revuelta, como vapor asfixiante, como ráfaga de pasión arrolladora.

Miraba á Rocío sin escucharla, y, sintiéndola hablar, mecíase su espíritu en aquella armonía suave de sonidos exóticos, apasionados y arrulladores; oía como se oye una patética romanza sin palabras que nos inunda el sér en inefable tristeza, en esa melancolía vaga, difusa, amorfa, inexpresable, que habla á cada espíritu con la voz de sus amores, que llora en cada corazón como el eco del muerto bien ó vibra en las entrañas como el espléndido amanecer de una esperanza.

En efecto: en el alma de Richemond estaba amaneciendo; había en sus profundidades todo el reposo lleno de promesas, el recogimiento solemne y expectante, la suave reacción de vida de un mundo que se desentumece y se despierta.

Advertíase en todo su sér la proximidad de un astro que tocaba ya en su horizonte.

Los signos externos de aquella suprema crisis del alma se asemejaban mucho á los del éxtasis que la ciencia llama catalepsia.

Primero oprimió fuertemente dentro del puño la carta que acababa de leer; después clavó los ojos en Rocío, entreabrió los labios como para

hablar ó sonreír, y helándosele en ellos la palabra y la sonrisa como si se hubiera interrumpido su vida, quedóse mudo, absorto, delante de la muchacha, cada vez más sobrecogida ante la extraña actitud de aquel hombre.

—¡Richemond ha muerto! ¡Viva Siegberg!—gritó de improviso al oído del Mayor la voz juvenil y bien timbrada de Nodier, parodiando el histórico pregón de los heraldos.

El gentil petimetre, *le bel Nodier*, como le llamaban los conmitones, habíase acercado con otros galantes oficialitos, atraídos por el *odor di femina*, al reclamo de la misteriosa recién llegada; y al ver á su amigo suspenso y mudo delante de ella, trataba de sacarle de su estupor, intentando de paso conocer á la andaluza.

Cuando vió toda la hermosura de ella y todo el extravío de él:

—*Mon vieux*—le dijo en tono cómicamente compasivo,—¡estás perdido! ¡Buena la cogiste! ¡Es de cerveza alemana y de las negras!

—¡Estoy loco!—articuló Richemond nerviosamente.

—¿Enamorado?—gritó Nodier, dispuesto á seguir chanceándose; pero ante la expresión de verdadera angustia que contraía el semblante de su amigo, enmudeció lleno de sorpresa.

—¡Ayúdame!—suplicó Richemond en tono hondamente conmovido.

—Pero... esta muchacha ¿quién es? ¿Es tu novia? ¿La conocías? ¿Ha venido á buscarte? ¿Te ama?

—¡No, no y no!—gritó Richemond, exaltado ante la inverosimilitud de aquella verdad que

tan poderosamente le obsedía.—¡Nunca la he visto, pero la conozco de siempre; es *la que yo esperaba*, y la adoro!

—¡Rematado estás!—rió Nodier con tal ímpetu, que su carcajada resonó en toda la sala y atrajo hacia ellos la atención general.

Richemond entonces, atenzándole con sus férreos dedos un brazo, sacudió á Nodier, y presentándole la carta, le dijo en tono que gemía y amenazaba á un tiempo:

—¡Mira, y si eres mi amigo, ayúdame y sálvame!

Nodier, que ya no reía, leyó atentamente la carta, firmada nada menos que por uno de aquellos agentes que los afrancesados ministros de José enviaban á las provincias con objeto de ganar voluntades españolas para la causa del Emperador.

Rápidamente abarcó el francés la situación, y tomando la actitud de la más sincera ó de la mejor fingida gravedad, dirigiéndose á la muchacha, cuya ansiedad crecía por momentos ante aquella extraña escena, díjole en malísimo castellano que su pretensión era irrealizable, pues los prisioneros constituían una impedimenta y un peligro para el ejército expedicionario; la ley militar era inexorable: aquel paisano había sido cruel para los soldados franceses; y... respecto á él y otros *insurgentes* apresados en Menjíbar y Jaén, acababan de dictarse órdenes severísimas; con lo cual el llanto de la infortunada se desató á raudales, y Richemond, furioso, interpeló rudamente á su amigo.

—¿No quieres conquistar á la muchacha? Pues

déjame trazar las paralelas y establecer el bloqueo—contestó el pisaverde, feliz de verse envuelto en aquella aventura amorosa.

Porque á Nodier, como al vulgo de las gentes que tienen de la dramática el instinto sin la inspiración, gustábale vivir el drama que no acertaba á crear.

Richemond sentía que aquella baja intriga no era digna del generoso sentimiento que le exaltaba y encendía; pero la proximidad de su partida, lo crítico de los momentos, la vehemencia de su pasión, forzábanle de continuo á saltar por todo miramiento y á desechar todo escrúpulo. Además, en aquella hora reconocíase incapaz de reflexión, de juicio, ni de iniciativa alguna; por su cerebro cruzaban como espectros de ideas; tenía la lengua pegada al paladar, y entre ella, la voluntad y el pensamiento, parecía cortada la comunicación maravillosa; no vivía, estaba soñando.

La pobre niña, sofocada por el llanto, ahogada por la pena, suplicaba con gemidos dolientes que estremecían al gigante germánico, endurecido en cien combates. Nodier, inflexible y obstinado, resistía firme en la brecha, hasta que, aprovechándose del abatimiento de su víctima, aventuró esta suposición:

—Acaso habría un medio de salvar á ese hombre...

—¿Cuál?—preguntó Rocío palpitante de ansiedad.

—Uno solo, que una francesa de corazón no vacilaría en adoptar.

—¡Señor oficial, bien saben ustedes que á las españolas nos sobra corazón! ¡Y en cuanto á

mí, juro ante Dios que por salvar á mi padre estoy dispuesta á todo!

—¿A todo? ¡Pues déle usted por salvo!

—¿Qué debo hacer para ello?

—Pertener á un francés—contestó Nodier, sin medir el alcance de sus palabras.

Una ola de fuego subió á los ojos, á las mejillas, á la frente y á la garganta de Rocío, que se irguió súbita, gallarda, fieramente, como una leona herida, como una española injuriada en su patriotismo, en su religión y en su pudor. Y como si todos los odios y todos los prejuicios que separaban á entrambas razas hubieran estallado á un tiempo en el pecho de la niña andaluza, como estallaban entonces dentro del alma nacional, la hija del pueblo, nacida en Sevilla y criada en las calles de la Macarena, sintió que sus venas se hinchaban y latían congestivamente con el violento hervir de su sangre meridional, de su sangre española, que por un momento le cegó los ojos y le anubló la conciencia con el salvaje impulso que ponía en aquellos días el puñal y la tea en las manos del niño, de la mujer ó del sacerdote, arrebatados por el furioso, por el divino amor de la patria.

Ante aquella ira sagrada é imponente como la tempestad, Richemond se estremeció con el escalofrío de lo sublime.

Nodier, tratando de reparar sus torpezas, balbuceó atropelladamente:

—¿Si usted *sería* la esposa, la novia, la... amiga de un francés...?

Tan fría, tan honda, tan profunda fué la mirada de desprecio mortal con que le envolvió

Rocío, que Nodier enmudeció, intimidado por el más imponente de los miedos: el miedo de la conciencia, el que hace temblar al asesino ante la víctima inerme.

La niña entonces, cerrando los puños y alargando la cabeza, se dirigió al oficialite en actitud de acometividad, como si con el gesto y la expresión quisiera lanzar sobre él y sobre Francia entera todo el odio, todo el desprecio, todo el furor que removía y abrasaba las entrañas de la patria.

Su actitud, su mirar, todo su sér, fulminaba un reto, un anatema, una maldición.

—¡Infame!—gritó ronca de gemir; y su ira nerviosa y femenina, al chocar contra lo imposible, se deshizo en un torrente de lágrimas.

Viéndola llorar Richemond, como si el amor hubiese despertado su espíritu y desatado su lengua, se adelantó resuelto, pálido, hermoso, transfigurado por esplendor divino, y, deteniendo á Rocío, que se lanzaba hacia la puerta, llevóse la mano derecha al pecho cubierto de cruces que resplandecían como estrellas, y exclamó con voz en que vibraban la nobleza y el amor, hermosteándolo todo, hasta la torpeza de su acento y de su sintaxis castellana:

—¡Señorita, no es bajo este pecho, condecorado por el mismo Emperador, que se alberga la perfidia y el engaño; juro *sobre* mi honra y sobre mi espada, que no invocará en vano la hidalguía francesa una joven desvalida, que viene á pedir la vida de su padre!—¡Dubois, Colbert, Desroches!—dijo, llamando á tres oficiales que se hallaban presentes.—¡Sed testigos ante Dios y ante la ley de que yo, Guillermo Riche-

mond-Siegberg, Mayor de los ejércitos de Su Majestad Imperial, pido solemnemente la mano de la señorita aquí presente, jurando por mi honor de soldado hacerla mi esposa ante el altar y prometiéndole, en cambio, la vida y la libertad de su padre, aunque tuviera que quedarme en rehenes por el prisionero!

—¿Hablas en serio, Mayor?—preguntóle Nodier, fluctuando entre la risa y el asombro; pero Richemond arrojó sobre él una mirada que le apagó la risa entre los labios.

En efecto: era tan honda y tan visible la emoción del gigantesco guerrero, que impresionaba agudamente por el singular contraste que ofrecían su corpulencia y vigor varonil con la ternura del sentimiento que le amansaba y rendía: era como ver llorar á un Hércules.

No se le ocultaba á Rocío la influencia que ejercía sobre el hombre cuya protección solicitaba; pero aquel conocimiento excitaba poderosamente su inquietud, sobresaltando su recato y concitando su ira de española contra el soldado extranjero.

Guillermo y Rocío, frente á frente, parecían la doble significación del Norte y del Mediodía en eterna rivalidad. El Norte, sin embargo, acababa por sentirse atraído, penetrado, poseído por el poder irresistible de la luz. El Sur, ardiente y orgulloso de su energía, rechazaba violentamente el influjo helador del Septentrión, hiriéndole con rayos encendidos que apresuraban su deshielo.

Guillermo y Rocío eran dos razas, dos nacionalidades, dos tendencias inconciliables: el derecho y la fuerza, la independencia y la con-

quista, la revolución y el tradicionalismo, el hecho dominador y el albedrío indomitable.

Comprendíase que, al encontrarse en hora trágica, el franco-germano se enamorase de la niña sevillana; lo incomprensible, lo absurdo, lo imposible era que Rocío se enamorase de un francés.

El Mayor Richemond, avezado á batirse bajo todos los soles, á dormir bajo tantos techos extranjeros, á respirar tan diversos climas, comenzaba á comprender el cosmopolitismo; y aun sin sospechar el moderno *diletantismo*, saboreaba con fruición los frutos de cada país; y respirando el aire libre de las campañas y poseído del loco sueño del Emperador, que aspiraba á borrar las fronteras bajo el fuego de sus cañones, creíase en su patria dondequiera que flotaba una bandera francesa, y no podía sentir la idolatría fanática del terruño, el culto ciego á la tierra nativa, que hacía á los españoles inmolarsse tan heroicamente en su defensa.

Para el Mayor, Rocío era una criatura hechicera que á sus propios encantos reunía el atractivo de haber nacido en Andalucía. Además, para el orgulloso francés no existía honra más alta que la de llamarse súbdito del Emperador; servir bajo sus banderas era participar de su inmortalidad, y conseguir el amor y llevar el nombre de un soldado francés era la dicha suprema para una pobre y obscura española.

Para Rocío, que, como toda la España de aquellos días, no respiraba más que el odio al extranjero, Richemond era un francés, y ser

francés para un español del año 8 era ser á un tiempo el ateísmo, el robo, el saqueo, la prostitución, la tiranía y la usurpación execrables.

Para Rocío, aquel hombre no era sino un extranjero, un invasor, uno de los sacrilegos expoliadores de Córdoba y de Jaén, uno de los asesinos de su patria, de los enemigos de su Dios, de los verdugos de su padre...

Y, sin embargo, el pobre Mayor no era nada de eso, y lleno de la conciencia de su hidalguía y de su ternura, herido por el fiero sentimiento de odio y repulsión que animaba á la gentil andaluza, hubiera querido hallar palabras que salvaran aquel abismo y que llevaran á aquel hermoso y débil sér toda la nobleza y todo el amor de su alma.

Pero el odio entre los buenos, la repulsión entre los nobles, el abismo entre los que anhelan el mutuo bien, es el conflicto más patético é irremediable, es la cruel fatalidad que impulsa y precipita los dramas.

Para convencer á Rocío de lo que Richemond sentía hacia ella, no había palabras en ningún idioma humano. Su odio impulsivo hacia aquel hombre era trágico, fatal, irremediable.

El sentimiento que la poseía era tan absoluto, que no admitía distingos ni excepciones; su odio era el odio de toda una raza ofendida que se desataba magnífico contra la raza ofensora; su religión, su amor, su entusiasmo, eran el entusiasmo, el amor y la religión de toda una raza; aquel sagrado ideal de fe y de patriotismo que daba á España la inspiración y el impulso heroico de los grandes momentos de su historia;

aquel aliento sublime que juntó en apretado haz tantas gentes diversas, fundiéndolas al calor del ideal en una nacionalidad única, prodigiosa, inquebrantable.

Por fortuna, el corrosivo análisis no había caído todavía sobre la conciencia española; no había comenzado aún su obra de quebrantamiento y disgregación demoledora: España era todavía aquella ingente roca formada de granos de arena que se mantenían unidos en compacta masa por una cohesión sublime: la fe.

Rocío era la encarnación viviente de aquella dura peña del patriotismo español, escollo formidable en que iban á estrellarse las glorias del Imperio.

Con respetuoso cariño preguntó Richemond á Rocío su nombre y el de su padre, con algunos antecedentes necesarios para gestionar la libertad del prisionero.

Y poniendo toda el alma en sus ojos, en sus palabras y hasta en el tono de su voz, díjole al cabo con rendida ternura, que contrastaba patéticamente con su aspecto de coloso, y en términos que, previamente castellanizados, venían á significar algo como esto:

—Señorita Rocío: yo no sé cómo se ama bajo el cielo divino de su tierra; pero en nombre de su Dios, que es el mío, le juro que la amo con toda la adoración que allá en el melancólico país de mi madre ponemos en nuestros profundos amores. No extrañe usted que mi afecto haya nacido tan de pronto; yo no me he enamorado de usted ahora, la amaba de siempre; no la he conocido á usted hoy, la he encontrado; usted es la ilusión dorada de mi infancia, el

ideal querido de mi juventud, la mujer soñada, la única, el bien logrado. ¡Como yo la amo á usted, se ama sólo una vez y para siempre!

Y los claros ojos azules del gigantesco soldado se llenaron de lágrimas, que mojaron sus mejillas curtidas por el sol de las batallas.

Pero Rocío no atendía, no escuchaba las palabras, no veía el llanto; sentía repulsión invencible hacia aquel insensato amor del extranjero, y desprendiéndose violentamente de la mano con que el Mayor trataba de retenerla, gritó con voz firme y colérica:

—¡Yo amar á un francés! ¡Nunca; antes muerta mil veces!

Ya se acercaba á la puerta sin que Richmond, aturdido y desesperado, acertara á retenerla, cuando Nodier, volviendo por su amigo, la detuvo con estas palabras:

—¿Y se va usted, abandonando á su padre, cuando acaso al amanecer se reunirá el Consejo de guerra?

Rocío se detuvo agobiada bajo el peso de la tremenda realidad, y rompió á llorar con la extrema desesperación de la impotencia.

Richemond se acercó á ella, y con toda la timidez y desconcierto de un adolescente, le dijo, temblando de emoción:

—¡Pobre niña! ¿Por qué no aceptar el apoyo y el amor que le ofrezco? Yo le prometo librar á su padre...

—¿Y por qué no lo hace usted sin condiciones?

—Debiera hacerlo; pero mi amor es más fuerte que mi generosidad. ¡La amo á usted como un loco! Soy rico, poderoso; puedo hacerla

muy dichosa. Al amanecer salgo para Madrid... y acaso tardaré en volver por esta tierra. La llevaré á usted conmigo, pero le juro que primero seremos esposos ante Dios y ante la ley.

Rocío lloraba inconsolable.

—Piense que tiene en sus manos la vida de su padre—insistió Nodier,—y voy á decirle algo que debiera callar: acaso de aquí á mañana ocurren sucesos que precipiten fatalmente la ejecución de los prisioneros.

Rocío lanzó un grito de supremo dolor, un gemido tan cruel como si brutalmente le hubieran arrancado de las entrañas la última esperanza de ventura; y llevándose ambas manos á la frente, permaneció algunos momentos como absorta y encerrada en su propia conciencia.

Dentro de ella libraban desesperado combate el amor filial, el patriotismo, la fe, el odio, el honor, la repugnancia invencible al extranjero.

No bastaba que ella, pobre niña desvalida y sola, hubiera venido desde Sevilla arrojando tantos riesgos y privaciones en busca de su padre; era preciso que le sacrificase su vida, su esperanza, sus ideales, todo su sér y su albedrío.

Pero ante su viva imaginación andaluza presentóse por breve espacio un cuadro horrible: vió á su padre pálido y demudado entre un grupo de bayonetas francesas; vióle avanzar resuelto, pero desencajado, lívido, cadavérico, y ponerse de rodillas ante una tapia ruinosa; oyó al anciano rezar en voz alta é invocar el nombre de su hija junto con el de la Virgen de la Esperanza; oyó distintamente un trueno formi-

dable, percibió un resplandor siniestro y vió el cráneo de su idolatrado viejo agujereado y sangriento.

Súbitamente abrió los ojos, recobró la conciencia de la realidad, y con voz entera y vibrante dijo al Mayor, que la contemplaba extático y asustado ante la visible alteración con que mostraba su rostro el agonizar de su alma:

—Señor oficial, si usted me jura en nombre de Dios salvar la vida y devolver la libertad á mi padre, yo... le prometo en el mismo santo nombre ser su esposa.

—Es decir, ¿que usted me ama?—prorrumpió Richemond arrebatadamente.

—¿Yo amarle á usted, á un francés, á un enemigo de mi patria? ¡Jamás; antes moriré mil veces!

—Usted ha jurado ser mi esposa.

—Pero no he jurado amarle.

—¿Entonces...?

—Me sacrifico por salvar á mi padre.

—¿Y piensa usted engañarme?

—Cumpliré mi deber como cristiana y española... pero si le amase á usted merecería la maldición de Dios.

—¡Usted me amarál

—¡Imposible!

—Soy joven, fuerte, ambicioso, riquísimo, dominador; soy un soldado del César, á cuyo paso se borran las fronteras y se derrumban los tronos; para mí no existe lo imposible. Yo juro conquistar su alma, como el Emperador conquistará la tierra de España.

—¡Señor oficial, la tierra podrá conquistarse... las almas son de Dios!

—¿Qué habrá en el mundo que resista á la voluntad de un francés?

—¡El alma de una española!—contestó Rocío con arranque sublime; y su semblante transfigurado parecía despedir luz, aquella viva luz que aureolaba las cabezas de las heroínas y las mártires.

—¡Yo conquistaré de rodillas ese alma!—exclamó Richemond, postrándose á los pies de la niña andaluza y oprimiendo apasionadamente sus manos.—Salvemos á su padre, y Dios bendecirá nuestra unión. ¿Jura usted ser mi esposa?

—¡Lo juro!—respondió la española con lacónica entereza.

Después de estas palabras, la alegría del Mayor y el abatimiento de Rocío no tuvieron límites.

## VII

Mediante la carta del comisionado de la Junta de Madrid, á quien los franceses no querían disgustar, y merced á los embustes y manejos de Nodier, que se valió de toda suerte de argucias y puso en juego sus muchas influencias en el cuartel general, y mediante también el desconcierto y agitación crecientes que reinaban en el ejército, ocupado en preparar su precipitada marcha para la tarde siguiente, no fué difícil obtener la absolución del patriota, pues harto tenían que hacer los imperiales con cuidarse de su propia suerte.

Y en tanto que se realizaban las diligencias y procedimientos precisos para dar, por lo menos,

forma de legalidad á la absolució n y excarcelamiento del señor Manuel Morales, Nodier, Richemond y sus amigos preparaban rápidamente los pocos elementos necesarios á la breve ceremonia de un casamiento militar, que, á reserva de legalizarlo á su tiempo mediante la documentación debida, y en gracia de lo crítico y apremiante de la situación, se celebró, al rayar el día 18, ante un altar improvisado, y mediante un capellán castrense que, en presencia de los oficiales Nodier, Colbert, Dubois y Desroches, bendijo en nombre de Dios aquella unión absurda é imposible ante la cual se rebelaban desesperadamente el alma, la conciencia y la indomable sangre española de aquella pobre mártir que se inmolaba por su padre.

Aquellos silenciosos esponsales, celebrados á la cárdena luz del amanecer, en medio de un ejército que parecía ya presentir su trágica é inminente derrota, y á costa de la dicha de la afligida desposada, tenían ambiente de tristeza desoladora, aspecto de ceremonia fúnebre, imponente solemnidad de muerte, más parecida á las últimas horas de un reo en capilla ó al Viático de un agonizante que á la soñada hora de luz en que Dios bendice la unión de dos enamorados.

Cuando acabó la ceremonia, Rocío, ya sin fuerzas ni aliento, dobló lo cabeza y cayó desmayada en los brazos de Richemond, que parecía haberse desposado con la muerte.

Comenzaba la pobre niña á recobrar los sentidos en el regazo del esposo, cuando á la puerta de la estancia en que se hallaban, que era una sala contigua á la improvisada capilla, apa-

reció el señor Manuel, lastimosamente enflaquecido y demudado.

Cuando el patriota sevillano vió á su hija, á su Rocío, á la gloria de su vida, en brazos de un militar francés, creyó haber perdido la vista ó la razón: tan grandes fueron su asombro y su desconcierto; pero, rehaciéndose pronto del momentáneo estupor, y con impulso rápido, brutal, irreflexivo, lanzóse con tal furia sobre Richemond, que, á no contenerle á tiempo los cuatro oficiales, testigos de la boda, hubiera ésta acabado trágicamente.

La acongojada novia, que no bien repuesta de su mortal desmayo caía en nueva desventura, se arrojó llorando como una niña al cuello de su padre, que no halló fuerzas con que rechazarla tras de haber anhelado tanto aquel momento, y allí, entre besos y sollozos, contóle la infeliz su azarosa odisea en busca del adorado viejo, con todos los peligros y penalidades arrostrados animosamente por él, y acariciando con sus manecitas infantiles la vedijosa pelambre del patriota, contóle llorando su angustia al ver la vida de su padrecito amenazada, y refirióle, por último, temblando de esperanza, el heroísmo con que se sacrificaba por su libertad y por su vida.

Al llegar aquí, pasada la primera irresistible efusión que le había cegado como venda de amor, volvió el anciano á la negra realidad, á la realidad espantosa de ver á su hija idolatrada en poder de uno de los invasores de su tierra. Y, desprendiéndose brutalmente de los brazos de de la niña, mirándola con demente extravío, gritó, como si no pudiese aceptar aquella



monstruosidad que tenía delante de los ojos:

—Pero ¿eres tú, Rocío, tú, la niña de mi alma, la hija de este hombre que quisiera tener mil vidas para darlas todas por la patria, y mil corazones para aborrecer con todos ellos á esos verdugos!... ¡Tú, la esposa de un miserable, de un ladrón... más todavía, de un francés!... No, no, mentira, mentira! ¡Ja, ja, ja!

Y, arrojando espantosa carcajada el bravo, el hercúleo, el formidante patriota, rompió á llorar como un niño, de ira, de dolor, de desesperación.

Rocío entonces comprendió que hay dolores para los cuales no basta el llanto, dolores cuya única expresión digna sería la muerte.

—¡Adiós, Rocío!—gritó de pronto el guerrillero, enjugándose las lágrimas con el dorso de la encallecida mano.—¡Adiós para siempre, hija!—y le temblaba la voz, que se ahuecaba por momentos.—¡La vida sin ti... y la libertad para ver esto... son demasiado caras, no las quiero! ¡Se prepara una gran batalla... voy á que me mate una bala para no verte casada con un francés!

Al verle salir como un loco, aun tuvo la pobre niña supremas energías para gritarle con desesperación sublime:

—¡Padre, por el alma de mi madre te juro que no le querré nunca!

El Mayor Richemond sonrió desdeñosamente ante aquel juramento desde lo alto de su orgullo francés, y Sieberg, el germano, sintió pasar por su alma las auras románticas del Rhin cantando el himno divino de la dicha.

## VIII

La urgencia de los pliegos que llevaba á Madrid y la hostilidad del paisanaje armado, que por dondequiera los atisbaba y perseguía, obligaron á Richemond á cruzar á todo escape los desfiladeros de Despeñaperros y las llanuras de la Mancha, llevando en su propio caballo y sosteniendo entre sus brazos á la desalentada Rocío, y seguido de cuatro jinetes que por toda escolta habiales dado Legendre.

Venturosamente para ellos, en Alcázar de San Juan hallaron un destacamento de las vendidas topas de Moncey, que venían huyendo de Valencia, é incorporándose á él, pudieron llegar en salvo á Madrid.

Pero, como el calor irresistible y la fatiga de las tropas les obligase á hacer continuas paradas, el viaje fué tan largo como penoso, y cuando llegaron á la corte, corría ya por toda ella, apasionando los ánimos, la estupenda noticia de la victoria de Bailén.

La cual, aterrando á los imperiales, puso en precipitada fuga á la apenas instalada corte del usurpador José.

Derrotado Dupont y prisionero todo el ejército de Andalucía, Richemond, ya sin objeto y sin banderas que seguir, incorporóse á las revueltas huestes que escoltaban al fugitivo monarca.

Como lobos furiosos y acosados corrían desfavoridas hacia el Ebro, huyendo de su propio miedo, irritadas por el hambre y la vergüen-

za, aquellas formidables legiones napoleónicas (¡más de 62.000 hombres!), que no reparaban en su número para correr, ni en su honor para perpetrar toda clase de crímenes y destrozos.

Como tromba desatada pasaron por Buitrago, Somosierra, Aranda y Burgos, sin detenerse hasta Miranda.

No hay para qué encarecer el dolor, el espanto, la cruel desesperación de Rocío al verse envuelta y arrebatada por aquel torbellino que rodaba por la bendita tierra de su patria, arrojándolo, incendiándolo, arrasándolo todo.

Y al paso que el suelo de España menguaba y huía bajo los pies de los fugitivos, sentía la niña alejarse y trasponer con él todas sus esperanzas. ¿Qué sería de su padre, ni de qué serviría escribirle en tiempos en que ó no circulaban los correos ó se robaba la correspondencia? Además... ¿querría él contestarle? ¿Viviría?

De talés monólogos solía arrancar á la sin ventura el estrépito ensordecedor de los cañones que pasaban rebotando sobre las piedras del camino, ó el fragoroso estruendo con que pueblos ó caseríos incendiados se desplomaban entre pavoroso tumulto de quejas, imprecaciones y alaridos, ó el tronar formidable de una descarga lanzada brutalmente sobre grupos de mujeres y de niños indefensos.

Ya cerca de Miranda, una bala perdida—que jamás se supo de dónde partió,—uno de aquellos rayos de la venganza nacional que surcaban por todas partes exterminando franceses, hirió en un costado á Richemond, que tuvo que suspender el viaje para atender á su cura.

No fué ésta muy larga; pero como las mar-

chas, las privaciones, las campañas sucesivas —y acaso algo invisible é inmaterial que sorda y calladamente mordía en el bronce de su salud,—quebrantaron insidiosamente sus recios bríos, uno de los médicos del cuartel general, que se encargó de su asistencia, recomendó que fuese á convalecer á su país, y obtenida la necesaria licencia—que muy de grado ratificó después el Emperador, recompensando largamente sus servicios,—partió el Mayor, en quien el corporal enflaquecimiento parecía haber favorecido la natural tendencia ensoñadora é idealista; partió Sieberg, el germano, á respirar con los pulmones y con el espíritu las nativas auras del Rhin, en cuyas encantadas orillas poseía un castillo digno de la leyenda.

## IX

Cerca de Coblenza y no lejos del lugar en que el Mosela confluye con el Rhin, elevábase todavía en 1808, sobre alta roca que los campesinos llamaban bellamente Silberfels (Peña de Plata), el antiguo castillo de Sieberg, cabeza del viejo señorío de este nombre, que los antepasados maternos de Richemond poseían desde los tiempos feudales.

Por muerte del nonagenario Barón Federico Gustavo Rodolfo Sieberg, acaecida el mismo día de la batalla de Bailén, quedaba su nieto y único heredero Guillermo Adolfo Richemond-Sieberg en plena posesión de sus vastísimos dominios y de sus incalculables riquezas.

Con el fin de recorrer sus nuevas propiedades

y desplegar ante los ojos de Rocío el cuadro magnífico de los estados de que deseaba hacerla dueña y señora y el maravilloso espectáculo de las orillas del Rhin durante los apacibles días otoñales, embarcóse Guillermo con ella en un precioso barco de su propiedad, que entre los dorados follajes de su gallarda popa ostentaba los altivos blasones de los Sieberg.

Recorrer así las orillas encantadas del Rhin era vivir el ensueño de los poetas románticos, amar en plena leyenda.

Tan pronto como Richemond respiró las auras nativas del río sagrado de las tradiciones, del adorado país de su infancia, pareció revivir y reanimarse como Anteo cuando tocaba la tierra.

Richemond, el arrebatado, el inflamable, el soberbio soldado napoleónico, desapareció bajo la pálida persona del caballeresco Barón de Sieberg, á quien la convalecencia, el amor y la poesía ambiente exaltaban hasta el delirio y conmovían hasta el enternecimiento.

Cuando en las inefables noches del Rhin la luna, alma romántica de aquellas orillas, surgía, prestando con su resplandor espectral vaguedades de ensueño á aquel país de misterios y de fantasmas, y el barco silencioso, cortando las aguas, de cuyo seno parecía pronto á emerger, envuelto en pliegues de líquida plata, el torso de nieve de prodigiosa ninfa, ó sobre cuya undosa superficie parecía lanzarse, levantando polvo argentífero, la gallarda figura del *Caballero del Cisne*, cruzaba lentamente por entre las márgenes dormidas, donde tras de las blancas gasas luminosas, flotantes, irisadas, de la

niebla, aparecían, como visiones indecisas, los viejos castillos almenados, coronando bizarramente las abruptas peñas, las musgosas ruinas de Ehrenfels y de Katz, el fantástico Loreleifelsen, los vestigios de Drachenfels, las colinas plantadas de las verdes cepas que destilan el celebrado vino del Rhin, digno de los dioses; pueblecillos posados en las crestas como bandadas de palomas; caladas iglesias góticas esparcidas por las faldas de los montes; grupos de árboles y riquísimas guirnaldas de vegetación colgando de los picos de las rocas y bajando hasta mojarse en el río como ondulantes orlas de un manto de brocado. Richemond, que, sin saber expresarla, percibía hondamente la elocuencia de las cosas, como si en él se realizase la admirable expresión estética de que *un paisaje es un estado de alma*, sentía que aquella región brumosa y espectral se prolongaba dentro de su sér, ó que su espíritu se exteriorizaba en aquella ambiente melancolía; y postrándose á veces, conmovido y casi lloroso, á los pies de su siempre muda compañera, decía, temblando de pasión:

—¡Rocío, Rocío! ¿Cómo no sientes dentro de ti la belleza de este país y el amor de este alma?

Pero Rocío continuaba inmóvil, callada, impenetrable. Sus ojos no estaban hechos para mirar las perspectivas esfumadas, indecisas, algodonáceas, de los paisajes del Norte; sus pupilas garzas, irisadas de oro, le pedían tonos calientes, perfiles vigorosos, cielos de intenso azul, paredes blancas, aleros orlados de reseda, naranjos de obscuro follaje y encendido fruto, ro-

sas de nácar, claveles de fuego, espigas de oro y amapolas de sangre. Su alma no estaba hecha para el vago panteísmo que constituía la indecisa y amorfa religión del soldado del Imperio.

Su espíritu sediento, encendido, arrebatado de piedad, ávido de místicos transportes y apasionados rendimientos, de heridas, lágrimas y martirios de amor, ansiaba el símbolo visible, la forma palpable, las imágenes patéticas y sublimemente trágicas de los llagados *Nazarenos*, de los expirantes *Cristos*, de las enternecidas *Marias*, de las acongojadas *Dolorosas* de Sevilla.

Su idolatrado viejo; su barrio lleno de color, de vida, de músicas y de alegría; su huerta fertilísima, cercada de pitas y chumberas, franjeada de pomposas orlas de lujosas hortalizas del más gallardo follaje y nervatura, de los verdes jugosos y frescos; su frondosa huerta, perfumada en Abril y Mayo por rosas y azahares, regada por la clara alberca engarzada entre claveles y malvarrosas, sombreada por la espesa parra que tamizaba el topacio vivo del sol ó la plata líquida de la luna, y animada de continuo por las risas y canciones de los hortelanos, por el bullicioso piar de los polluelos entre el estiércol, por el arrullo de sus tórtolas y palomas queridas, por el profundo mugir de las vacas en el establo, cuyo caliente vaho de almizcle se confundía con el penetrante perfume de nardos y mosquetas... aquélla era su existencia, su poesía; aquél su Universo.

Del aroma de sus claveles, del canto de los gallos en la cerca, del metálico tintineo de las

esquilas del ganado, de la quejumbrosa malagueña del boyero, del toque de oraciones en San Gil, del repique remoto y solemne de la Giralda, que truena en las alturas como gigante sinfonía de bronce; de todos aquellos perfumes, contornos y rumores amigos, veníanle desde lejos tiernas caricias, ecos saudosos, patéticas remembranzas, y ¿qué había ella de ver las nebulosas orillas del río melancólico idealizado por leyendas que ignoraba, poblado de seres fantásticos engendrados por un arte y una poesía tan extraños y opuestos á su espíritu meridional, tan ajenos á los cándidos ideales de su vida de ignorancia, de amor y de piedad exaltadísima?

Su mundo estaba contenido entre las ondulaciones de oro y de topacio que limitan los horizontes de Sevilla.

Rocío era, en fin, lo que los modernos espíritus fuertes, los refinados *dilettanti* de *complicada psicología*, que hacen de la humanidad un espectáculo curioso para su particular recreo, llamarían una ignorante fanática.

¡Sublime ignorancia aquella tan desconocedora del mal, y divino fanatismo causador de tanto bien, fanatismo adorable que daba al alma tan recia consistencia, tan altos vuelos, tan seguro apoyo y arranques tales que la llevaban á los heroísmos y á los martirios eternamente gloriosos de Zaragoza y de Gerona, de Bailén y del Dos de Mayo!

¿Y quién sabe si los espíritus complicados y analíticos tendrían á ventura el cambiar su desorientado albedrío por el seguro y alto rumbo de aquellos divinos fanáticos?

Pero dejando digresiones importunas, consignaré que Rocío era como Dios, sus tiempos y su tierra la habían hecho.

No impenetrable, en verdad, al amor, ni indiferente á la belleza. Acaso en otra época y en otra situación, con la sensibilidad exquisita de su psicología femenina, con la rápida percepción y la fácil adaptabilidad de las gentes meridionales, hubiese gustado y sentido toda aquella belleza que la envolvía y acariciaba.

Acaso su exquisita sensibilidad, su virgen fantasía hubiéranse conmovido muy hondamente ante la contraposición de aquellas dos bellezas antitéticas, ante el soberano contraste de la encendida Andalucía con la pálida y nebulosa Germania.

Tal vez en horas de aislamiento y soledad su espíritu desheredado de cariño y su femenil flaqueza desamparada de todo calor de ternura, hubiéranse sentido vencidos con todos los desmayos y atraídos por todas las atracciones hacia el hombre aquel que tan apasionadamente arrojaba á sus pies sus riquezas, sus blasones, su vida y todo su amor, un amor tan lleno de rendimientos, de ternezas, de abnegación, que por orgullo, por vanidad, por deleite, por gratitud, por seducción... por todos los caminos invadía su sér pugnando por arrebatárle el albedrío.

Siegberg no era poeta, ya se ha dicho, porque poeta es el que expresa con sonoras y musicales rimas cosas altas é inefables; pero ¿qué nombre se dará al que, poseído del sacro fuego de la mística poesía, logra traducir aquella ideal belleza en acciones tan nobles, levantadas y ge-

nerosas que nos conmueven y arrebatan más que la estrofa sonante y encendida?

Si admitimos que el concepto del arte es uno y solo, y que cabe expresar también la belleza por medio de las acciones como por medio del lienzo, del mármol ó del verso, fuerza será creer que Siegberg era poeta del amor, y que su vida de ensueños y deseos, de anhelantes desvelos, de místicos arrobos y abnegación infinita, aquella vida consagrada, rendida, quemada como incienso á los pies de Rocío, era su obra, su idilio, su himno, su poema.

Advirtiendo que la niña sevillana añoraba la luz y las flores de su tierra, ya que no pudiese llevar á Alemania los cielos espléndidos de Andalucía, hizo transportar hasta allí, á peso de oro, naranjos y rosales de Sevilla, que él mismo cuidaba afanosamente dentro de abrigada y lujosísima estufa.

Compró cuadros de maestros españoles, vírgenes copiadas de las de Murillo, telas, muebles, abanicos, encajes y blondas, libros y estampas procedentes de España, para crear en torno de Rocío algo como una breve patria artificial, cuyo amoroso calor reanimase el alma de la joven, como al calor de la estufa reanimáranse las flores venidas de Andalucía.

Algunas veces, cuando en el pintado país de un abanico de varillaje de oro y nácar, ó en las vaporosas ondas de una mantilla de Almagro, veía Rocío flotar algo como un soplo de aire de España, involuntariamente levantaba hacia su marido los ojos arrasados en llanto de irresistible gratitud. Entonces Siegberg, enajenado, comenzaba á creerse querido y redoblaba sus

halagos en ternezas, regalos y delicadas previsiones.

Pero aquellas ráfagas de entusiasmo que estremecían los nervios de la nostálgica andaluza pasaban muy pronto, porque delante de los ojos tenía ella siempre la trágica despedida de su padre y su terrible juramento.

Y como jamás volvió á saber del anciano, ya porque las muchas cartas que le dirigió á él y á numerosas personas de Sevilla no llegasen nunca á su destino, ya porque Sieberg hubiese intervenido alguna dolorosa respuesta, cuando recordaba que al día siguiente de aquella separación desgarradora fué la batalla de Bailén, veía con lucidez terrible al formidable patriota como se lo pintaron los fugitivos de Alcolea, descargando furioso la culata de su escopeta sobre cráneos franceses. Veíalo, al cabo, caer con la frente destrózada ó con el pecho acribillado de heridas; veía su rígido cadáver abandonado, con la cara sangrienta pegada á la tierra enrojecida y con la amarilla diestra crispada como para maldecir á su hija en el momento de expirar:—¡Renegadal ¡Francesal—parecía decirle con toda su petrificada actitud y hasta con sus descoloridos labios el cadáver.— ¡Yo te maldigo!

Y ante aquella espantosa visión, los cabellos se erizaban sobre su frente, que brotaba en menudas gotas de sudor de agonía; sus manos temblaban, entrechocábanse sus dientes, y acababa por apoderarse de ella violenta convulsión que terminaba en desmayo mortal.

Estas crisis, cada vez más frecuentes, debilitaban por días el delicado organismo de Ro-

ció, en cuyos labios y mejillas ibanse marchitando las frescas rosas de la salud, y en cuyas pupilas de fuego, hora tras hora, apagábase el sol de la esperanza y comenzaba á brillar con luz fatídica la llama devoradora de la fiebre, de tal modo, que el menguar de aquella vida y el eclipsarse de aquel alma hacíanse dolorosamente visibles.

La angustia de Sieberg, su asombro, su desesperación ante aquel resistir de la flaqueza y ante aquel perseverar de la impotencia, determinaban en él arrebatos furibundos ó desalientos infinitos.

A veces, cuando el sentimiento del deber, que le ordenaba tornar á las abandonadas filas, ó el trueno lejano de la gloria del Emperador amotinaban su sangre francesa, renacía en él el guerrero Richemond, el que oyó llorando de entusiasmo el sublime apóstrofe de Napoleón ante las Pirámides, y sintiendo rubor de su salud malograda en el ocio, avergonzabase de prolongar la mentira de su convalecencia y resolvía irrevocablemente correr á empuñar las armas.

Pero al mirar la demacrada faz de su enferma, que iba tomando tintas ambarinas hacia la nariz y por las sienas, y transparencias sinistras por las blancas y ahondadas conjuntivas, al ver su mirada de crepúsculo y al oír su tremante y adelgazada vocecita, flaqueábanle todas las energías y se le derrumbaban todos los propósitos.

Con frecuencia, al remordimiento del deber abandonado, al impulso de su entusiasmo guerrero, mezclábase el violento despecho de su

orgullo varonil y de su pasión desesperada, humillados cruelmente por el firme resistir de una flaca mujer desvalida.

Y lo que más exaltaba su desesperación era la ausencia de motivo real en que fundar su querella, puesto que Rocío cumplía resignada y obediente sus deberes de esposa.

Le pertenecía, pero no era suya porque no le amaba, y harto sabía él que no le amaría nunca.

Hubiérase dicho que con el menguar del cuerpo agrandábase la voluntad de la enferma, como llama que se alimenta de lo que devora y cuanto más devora más se enciende.

Y aquel pasivo desamor, aquella desarmada resistencia y aquel alejamiento dentro de la intimidad, eran suplicios más crueles que los de Tántalo y Prometeo, para aquel hombre apasionado, soberbio y dominador.

Un día, cuando más distantes se hallaban en espíritu ambos esposos, que no se separaban jamás, acaeció un episodio conmovedor.

Desde su llegada á Sieberg habíase ocupado el nuevo poseedor en decorar á su talante el viejo salón de armas del castillo, donde sus antecesores fueron amontonando toda la riqueza histórica de la baronía en armas preciadas y gloriosas, antiguos escusones, tapices, telas, retratos y muebles de reverenda vetustez.

A cuyo venerable tesoro de antiguallas agregó con orgullo el héroe napoleónico sus propios trofeos, los despojos de sus campañas por Italia, Egipto y España.

Completaba aquel museo de glorias militares una gallarda panoplia de armas, estandartes y

águilas francesas, en torno de la cual había agrupado el Mayor banderas de todas las naciones combatidas ó conquistadas por el emperador, y en cuya invasión ó vencimiento había él tomado parte activa.

No bien se terminó el decorado, el barón, satisfecho y orgulloso de su obra, quiso que su mujer admirase aquel santuario de la familia Sieberg.

Mirólo ella todo, y aun lo celebró delicadamente con aquella mortal indiferencia y abandono que transpiraban sus palabras, sus acciones y todo su sér; pero al acercarse al trofeo de las glorias napoleónicas se detuvo, y una llamada súbita encendió su faz, tan marchita é incolora de continuo. Sus manos se cerraron contraídas, flamearon terriblemente sus pupilas y vaciló como si fuese á caer. ¿Qué había pasado?

Entre aquel haz de brillantes y exóticos pabellones, plegada en anchos pliegues de púrpura y oro, resplandecía, como ráfaga de luz y sangre, una bandera que á los ojos de Rocío surgió y creció prodigiosamente de entre las otras, tomando proporciones colosales y despidiendo resplandores de gloria hasta llenar con su vívido fulgor toda la tierra; aquella bandera, que el Mayor Richemond había arrancado en Valdepeñas de las manos de un patriota muerto, no era un jirón de trapo destinado á empolvarse perpetuamente en el vetusto salón del castillo; aquella enseña inmaculada, que lanzaba las fascinadas legiones á la muerte, era el cielo azul, el suelo fecundo, la tierra bendita de su España, el haz de corazones inflamados en

santo fanatismo que corrían transfigurados al martirio, el emblema sagrado de la patria, furosammente, encarnizadamente adorada.

Por un momento pareció que el sol espléndido, la tierra caldeada, los claros horizontes de España y los días de luz y de amor de Andalucía, reflejaron su resplandor vivísimo en el semblante empurpurado y en los ojos encendidos de Rocío; pero, instantáneamente, otro fuego aún más vivo, el fuego de la indignación, inflamó la sangre de la hija del guerrillero, cuyo organismo vibró con tal violencia, que parecía próximo á estallar; después dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas, y al cabo Sieberg la recogió en sus brazos presa de angustiosísima congoja.

Algún tiempo después el Mayor halló medio de que Rocío volviese á la sala de armas; y apenas llegó á ella la mísera desterrada clavó los ojos en el trofeo de las victorias francesas... la bandera de oro y sangre no figuraba ya entre aquellos despojos. Entonces, por primera vez en la vida, los brazos de la española se abrieron para estrechar á su esposo. De todas sus pruebas de amor, ninguna como aquella logró estremecer el alma de fuego de la andaluza, enferma de añoranza incurable.

Pero aquella fué la última llamarada de vida en el débil sér que se extinguía por momentos, como se secaban los naranjos y se mustiaban los rosales á tanta costa transportados desde Sevilla, por la ausencia de la luz, por la nostalgia del sol de la patria.

Richemond, el orgulloso, el soberbio Richemond, que se juzgaba fuerte contra lo imposi-

ble, no podía convencerse de aquella espantosa y sublime realidad que le oprimía y le aplastaba duramente bajo su peso.

¿Cómo podía ser tan fuerte aquella flaqueza, tan invencible aquel abatimiento, tan indomable aquella mansedumbre, tan independiente é invencible aquel tenue espíritu que se escapaba de entre sus manos como la libre mariposa, dejándole en ellas el polvo de oro de sus etéreas alas?

Richemond, el soberbio, había dicho con énfasis el día de sus bodas:

—¿Habrà algo que se oponga á la voluntad de un francés?

Y la niña andaluza habíale contestado con la arrogancia de su raza:

—¡El alma de una española!

¿De qué bronce estaba forjada aquel alma tan fuerte contra sí misma que su resistencia consistía en negarse á su propio sér, en rechazar con la airada mano la copa de oro de la vida, llena hasta los bordes de dulzuras, suavidades y deleites; en negarse á la juventud, al instinto de la existencia, á los halagos y sollicitaciones del poder, de la nobleza, de la opulencia... al influjo sugestivo del amor, á las lágrimas de fuego de un hombre joven, hermoso, apasionado, que le suplicaba de rodillas que viviese?

—Rocío—le dijo éste un día, loco de amor y despecho,—¿por qué te niegas á pasear, á comer, á ver la luz del sol, á respirar el aire libre? ¿por qué te niegas á vivir?... ¿Acaso por el gusto de mantener tu terrible juramento de española, por vengarte de mí con la más cruel de



las venganzas, con la derrota de mi soberbia voluntad, con la ruina de todas las ilusiones de mi vida?

—¡Guillermo— contestó débilmente Rocío,— pregunta á los naranjos y rosales que trajiste de mi tierra por qué se han secado y se han muerto!

Y después ya no habló más; invencible atornia apoderóse de todo su sér, donde mansa, callada, lánguidamente se fueron extinguiendo todas las luces del alma y todas las energías del delicado, exangüe y casi espiritualizado cuerpo.

## X

Cuando se quebró el último eslabón de aquella sutil cadena, cuando se perdió la última nota de aquella fuyente melodía, cuando la cabeza inánime de la baronesa de Siegberg cayó sobre los ricos almohadones del blasonado lecho conyugal, el guerrero de las Pirámides, el orgulloso Richemond postróse de rodillas ante aquel lecho y, llorando acongojado como niño, exclamó con un grito de supremá desesperación:

—¡Maldita sea la gloria militar, malditas las bárbaras conquistas de los hombres!... El Emperador y yo somos unos imbéciles! ¡Sólo ella acertaba cuando dijo:—Podrán conquistarse las tierras, pero las almas son de Dios!

Y, sacando de un viejo armario escusonado la noble bandera en cuyos pliegues parecía flostar el alma de toda una raza, envolvió con aquel sudario de gloria el cuerpo de la hija del héroe—porque el señor Manuel fué uno de los

muertos de Bailén,—y dijo á sus deudos y servidores, que contemplaban asombrados aquella escena grandiosa:

—¡Amigos míos, sed testigos en la presencia de Dios de que yo, Guillermo Richemond, barón de Siegberg, he sido un asesino miserable, obstinándome en obtener por fuerza el amor de esa mártir sublime, cuyo cadáver solemnemente restituyo á su patria, para que duerma por toda la eternidad entre los pliegues de esa bandera, como en el regazo de su madre! Yo juré conquistar á esa mujer mientras el Emperador conquistase su independiente patria. ¡César Napoleón, he ahí nuestra victoria! ¡Eso hallaron nuestras armas en Zaragoza y en Gerona!... ¡Un cadáver heroico envuelto en una bandera invencible! ¡Ay del que intente someter á esa raza de numantinos, á esa indomable sangre española!